

RAFAEL ALBERTI, SALUTACION DEL OPTIMISTA

por DIEGO MIRAN

"Yo nací —respetadme— con el cine", escribió Rafael Alberti. Como el cine, pues, hoy el gran poeta andaluz (andaluz un poco de América por su prolongada residencia en la tierra argentina), cumple 60 años. Sus amigos y sus lectores de todo el mundo, aun los de aquellas latitudes en donde es probable que la estricta maestría de su ritmo poético haya quedado intraducible, hoy le rinden homenaje. Será en Montevideo donde personalmente recibirá, este cantor del mar y la vida, de los toros y la muerte, de las flores y el hombre, la muestra de aprecio de sus admiradores.

La poesía de Alberti es poesía solar. Quema en sus palabras de lírico excelente el rayo vivo de la luz, del ser en plenitud, pues ni la angustia de los años duros del exilio, ni la nostalgia de la patria perdida, ni la soledad desterrada, han amenguado ese resplandor astral que señala su obra entre la de sus contemporáneos, algunos grandes



como Federico García Lorca, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Pedro Salinas, Jorge Guillén. Poesía al aire libre, poesía de diurno paisaje, de trazo coloreado y rutilo, que canta aun cuando pena, la del primicial gaditano recoge la esencia popular y hereda la que Garcilaso —de quien hubiera sido escudero— y Góngora crearon en la lengua española.

En su perfil de medalla romana —zumos de Italia y España se unen en su raza— está escrito el linaje mediterráneo de Alberti: frente rotunda, nariz lineal, ojos marítimos, y la prodigiosa mano en la que estuvo el pincel que el azar reemplazó por la pluma. En 1919 —"mi adolescencia: la locura..."—

creía él que habría de ser pintor. En 1924, ya había comenzado su "Marinero en tierra" que ganaría un año después para su nombre un primer lauro, el Premio Nacional de Literatura y, sobre todo, el escueto pero consagrador elogio de Antonio Machado. De esa fecha en adelante, la serie mirífica: "El alba de alheli", "Sobre los ángeles", "Cal y Canto", "Consignas" —primer intento de poesía social—, ya casi en el quicio de la guerra civil. Luego, la lucha, el dolor, la partida y siempre poesía. En "La arboleda perdida" reúne, entonces, los recuerdos de la patria, a la que comienza a añorar, a la que nunca dejará de añorar. Y entonces América le abre su puertas para que exista "entre el clavel y la espada".

Y ahí están sus libros americanos, uno a uno editados por Losada —que hace un año lanzara sus "Poesías Completas"—, cada vez más y más nuestros. El mismo lo acaba de escribir: "Desde hace más de veinte años, aquí, sobre la piel inmensa de este continente, vivo muriendo por España... Pero quizá no esté lejano el día en que allí ya, desde muy lejos, empiece mi morir por esta bella América de nuestra misma habla, nuestro igual corazón, nuestra idéntica sangre".

En 1930, en medio del camino de su vida, Rafael Alberti había encontrado a María Teresa León, su amor, su compañía. No recordarla en una nota dedicada al poeta es cometer grave olvido. Escritora ella también, hablamos aquí sólo de la mujer, próxima a la obra del gran poeta, de la cual así ella es parte, porque al completar la vida del autor, completa con el amor su fruto. Aitana Alberti, hija de ambos, revolotea en el cuadro de esa vida preciosa y se posa a su lado como un verso.

Cual una nueva salutación del optimista —del hombre entero—, toda la poesía de Alberti canta el triunfo. La leemos para leer esa victoria de la vida sobre la muerte, del ser sobre la nada, de la verdad sobre la traición, el odio, el sarcasmo o la mentira. A Amparo y Gabriel Celaya, Rafael Alberti ha enviado un mensaje que es para todos los hombres de hoy en quienes alienta la esperanza:

Venid, llegad, cerrémos las manos,
que un claro viento nuevo nos reanima
y hasta la sangre, en lo que fuera sima,
sube creciendo derramada en granos.

